

sierras y en otros lugares altos; é juntáronse muchos de los que moraban en aquella serranía, é tomaron la delantera por donde iban los christianos, é dende aquellos lugares facian en ellos grandes daños con piedras é saetas que tiraban por los lados en la reguarda que llevaba el Maestre. E los christianos trabajando por salir de los malos pasos donde estaban metidos, sobrevino la noche. E recelando que en aquel camino por do eran guiados no recibiesen mas daño, volvieron á pasar un arroyo fondo debaxo de una sierra fragosa, que los moros habian ya subido. Quando los moros vieron á los christianos metidos en aquel valle angosto, desde las alturas tiraban piedras é esquinas, é mataban muchos christianos; é algunos de los que se aventuraban á subir la sierra por escapar, morian cayendo de los barrancos altos, porque la escuridad de la noche les impedia, de manera que ni veian, ni sabian el tino por do habian de subir. E oyendo los alaridos de los moros, é turbados con la escuridad de la noche é con la aspereza del lugar, enflaquecian, é no sabian que remedio diesen á la perdicion que veian; é sufriendo esta pena estovieron fasta la media noche.

El Maestre é aquellos caballeros é capitanes, veiendo á sus parientes é criados é á las otras gentes de sus capitánias, á unos caer muertos, é á otros llorar sus heridas, é á otros gemir su flaqueza; é como no tenian fuerzas para pelear, ni con el cansancio de la noche é de los dias pasados podian salir de aquella fondura do estaban señoreados de los moros: «Muramos, dixo el Maestre, faciendo camino con el corazon, pues no lo podemos facer con las armas, é no muramos aquí muerte tan torpe. Subamos esta sierra como homes, é no estemos abarrancados esperando la muerte, é veyendo morir nuestras gentes, no las pudiendo valer.» E diciendo estas palabras, dellos á caballo, dellos á pié, acordaron de se poner al peligro que podian recibir en la subida de la sierra, é no al que veian estando en aquel valle. E defendiéndose como mejor pudieron, subieron fasta donde los moros estaban. En aquella subida se perdió el Alférez del Maestre con su seña, que se llamaba el Comendador Diego Becerra, cuya era Torre Mexía; é murió peleando un caballero primo del Maestre que se llamaba Juan Osorio, é Juan de Bazan, Señor de la Granja; é otros muchos de sus parientes é criados, é de los otros caballeros que trabajando por subir á lo alto, caian con la fuerza de las esquinas é piedras grandes que los moros derribaban. El Marqués que subió por otra parte guiándolo un adalid, pasó adelante de aquella sierra con la gente que le habia quedado de su batalla. El Maestre y el Conde de Cifuentes é Don Alonso de Aguilar y el Adelantado é los otros capitanes, que habian de seguir la via que el Marqués llevaba, así porque quedaron peleando con los moros, como porque fueron impedidos con la escuridad de la noche, é turbados veyéndose rodeados de los moros por todas partes, no pudieron seguir el camino que el Marqués habia llevado, é fuéles ne-

cesario descender á otro valle. E los moros ovieron lugar de se poner entre la batalla del Marqués é del Maestre é de los otros caballeros, de manera que no podian socorrer los unos á los otros, ni menos los que estaban juntos se podian ayudar; porque cada uno trabajaba lo que podia por se salvar de los tiros de piedras é saetas que por todas partes tiraban los moros que sabian bien aquella tierra é los malos lugares donde la fortuna metió los christianos. El Marqués de Cáliz, que pasó adelante, metióse con la gente que le quedó en un valle, pensando en él estar mas seguro, é recoger las otras gentes que venian en la rezaga. E alguna parte de los moros que tenian tomada la delantera, salieron al encuentro, é pelearon con él é con la otra gente que le pudo acompañar. E como quier que fizo rostro á los moros é peleó con ellos, pero como su gente estaba cansada del trabajo que habian pasado en subir aquellas sierras, é muchos dellos feridos, é los moros salian todavía mas de refresco, é sabian los pasos donde podian pelear á su salvo; los que estaban con el Marqués no pudiendo sufrir la fuerza de los moros que entraban ya por ellos, fueron desbaratados; é los que tovieron fuerzas para fuir se pusieron en fuida, é todos los otros fueron muertos é presos. El Marqués visto el destrozo de los suyos, tomó otro caballo, porque el suyo ya estaba cansado é mal ferido, é guiándole un adalid por una sierra alta que durabá quatro leguas, se pudo salvar. E los moros siguieron el alcance fasta media legua, matando é captivando muchos de los christianos. Allí en aquel destrozo mataron los moros á Don Diego, é á Don Lope, é á Don Beltran, hermanos del Marqués, é á Don Lorenzo, é á Don Manuel, sus sobrinos, é otros muchos de sus parientes é criados, é de los otros que se llegaron á su compañía. El Maestre de Santiago y el Conde de Cifuentes y el Adelantado é Don Alonso de Aguilar é los otros capitanes con las otras gentes que quedaron en una ladera de aquella sierra, como estaban muy cansados y enflaquecidos de los trabajos de la noche é de los dias pasados, é no sabian los pasos de aquella sierra, caian muchos al fondo del valle. Otros se metian en poder de los enemigos, porque elegian antes perder la libertad que la vida, pues no podian pelear. Los moros daban grandes alaridos con el orgullo del vencimiento; é los christianos gemian las muertes que veian de los suyos, é las que ellos esperaban. Los caballeros é capitanes principales puestos en angustia é no veyendo reparo, estaban turbados, é falleciales el consejo, porque todas sus gentes estaban derramadas por aquellas sierras, é tan grande era el temor que tenían, que ninguno sabia de su compañero ni le podia ayudar. A tal estado vinieron los christianos en aquella hora, que ni oian señal de trompeta, ni veian seña que guardasen, ni donde se acaudillasen. El Maestre de Santiago, visto el perdimiento de aquella hueste, dixo: «O Dios bueno, grande es por cierto la ira que el dia de hoy has querido mostrar contra los tuyos, pues vemos que la gran desesperacion que estos moros tenian, geles ha

convertido en tal osadía, para que sin armas hayan victoria de nosotros armados.» Algunos de sus parientes é criados que con él estaban, le dixerón: «Ya vedes, Señor, este perdimiento; dexad el esfuerzo para pelear, é habed consejo para escapar, pues vedes que no hay otro remedio, sino poneros en salvo, porque no padezcáis vos, é con vos todos estos vuestros parientes é criados, é las otras gentes que ha placido á Dios que queden vivas; porque vuestra estada aquí no sea causa de perdicion de todos.» Esto mesmo decian sus parientes é criados á cada uno de los otros caballeros. El Maestre porque no veia lugar de pelear, é conoció que todos perescerian si él allí esperase, dixo: «No vuelvo las espaldas por cierto á estos moros, pero fuyó, Señor, la tu ira, que se ha mostrado hoy contra nosotros por nuestros pecados, que te ha placido castigar con las manos destas gentes infieles.» E luego le dieron un caballo, porque estaba á pié; é guiándole un adalid por lugares muy ásperos se salvó. Salieron ansimesmo el Adelantado, é Don Alonso de Aguilar, cada uno por su parte, subiendo aquellas sierras por lugares fragosos, porque los moros no los siguiesen. Muchos homes que estaban á caballo fueron muertos é presos en aquel desbarato; porque fuyendo por las cuevas altas, los que estaban á pié se asian á las colas de los caballos, por haber mas fuerza para subir; é los caballos no pudiendo sufrir el trabajo de la subida, caian é quedaban en el camino el caballero y el peon. El Conde de Cifuentes con algunos de los suyos que se fallaron con él en un lugar muy estrecho, veyéndose cercados por todas partes, é que no podian escapar peleando, por la multitud de las piedras é saetas que le tiraban, se dió á prision, é fué llevado él y otro su hermano, que se llamaba Don Pedro de Silva, á la cibdad de Granada, con algunos otros de los suyos que pelearon con él. Los moros siguieron el alcance por todas partes donde iban los christianos fuyendo, é prendieron muchos dellos, é otros algunos que tiraron por diversas partes se salvaron. Perdieron allí los christianos todas las armas que llevaban, é la mayor parte de los caballos, é todo el fardage, que era en gran cantidad; é fueron presos los Alcaydes de Antequera é de Moron, é Juan de Robres, é Bernardino Manrique, é Juan de Pineda, é Juan de Monsalve, é otros muchos caballeros principales, que fueron en aquella entrada. E la victoria de los moros fué tan grande, y el esfuerzo de los christianos tan pequeño, que dos moros desarmados prendian cinco ó seis christianos de los que andaban perdidos por aquellas sierras, é los llevaban á la cibdad de Málaga, que era cerca de aquel lugar donde fué este desbarato. E algunas mugeres moras salian de la cibdad de Málaga, é prendian los christianos que fallaban derramados é perdidos por los campos. Falláronse allí mil captivos é mas que fueron llevados á otras partes.

Este desbarato que ovieron los christianos fué grande, lo qual en lo público pareció haber seydo por la mala guia de los adalides; lo secreto ningun-

Cr.—III.

no lo pudo conocer, sino solo Dios, en cuya mano son los vencimientos de las batallas. Pero segun el juicio de los homes, bien se mostró haber acaescido por el orgullo é soberbia que tovieron los christianos, teniendo en poco las fuerzas del enemigo; é porque olvidaban la confianza que debian tener en Dios, la pusieron en la fuerza de la gente (1).

CAPÍTULO XX.

De como el Conde de Cabra y el Alcayde de los Donceles vencieron en batalla al Rey de Granada, é le prendieron.

Contado habemos la division que habia entre los moros, é como la mayor parte de los principales de aquel Reyno de Granada dexaron al Rey que tenian, é se juntaron con su fijo mayor, é le alzaron por Rey; é como durante esta division los moros tenian entre sí guerra, allende de la que los christianos les facian. El Rey Moro que se llamaba Alimuley Bahabdeli, veyendo que su poder era mayor que el de su padre, é conociendo que los moros tenian aficion á aquel Rey que mayor guerra facia á los christianos, juntó la mas gente de pie é de caballo que pudo haber en el Reyno de Granada. É considerando que la frontera de Córdoba, é de Écija, é de todas aquellas partes, por el desbarato que los christianos ovieron en el mes de Marzo pasado, estaria menguada de gente, é que no fallaria resistencia; acordó de entrar en tierra de christianos, é puso real sobre la villa de Lucena, que es del Alcayde de los Donceles, é taló los panes é viñas de aquella villa, é de la villa de Aguilar, é de otros lugares de la comarca. La nueva desta entrada vino á Don Diego Fernandez de Córdoba, Conde de Cabra, que estaba en la su villa de Baena; é luego juntó la mas gente que pudo, é fué para la villa de Lucena, donde sopo que estaba el Rey de Granada con toda su gente, é allí se juntó con él el Alcayde de los Donceles. Como los moros sopieron que el Conde venia contra ellos, ovieron su acuerdo de alzar el real, é volver con toda la cavalgada que llevaban para la cibdad de Loxa. El Conde de Cabra y el Alcayde de los Donceles, teniendo menor número de gente á caballo é á pié que tenia el Rey de Granada, movidos mas por alguna inspiracion divina que por ninguna razon humana, acordaron de seguir á los moros, é pusieron tal diligencia, que los alcanzaron fasta legua é media de Lucena, en un lugar que se llama el Arroyo de Martin Gonzalez. É como fueron á vista dellos, pusieron toda su gente en una batalla, y es-

(1) En el MS. del Señor Nava se añade lo siguiente: «La qual escusaran, si al salir fueran juntos con los adarves de Málaga: é porque no dieron tantas gracias á Dios quantas habian de dar por la toma de Alhama; que muchos dellos llevaban dineros para comprar el despojo de los moros, de manera que iban mas á mercadear que á servir á Dios: porque pensaban que habia de ser el despojo como el de Alhama.» Sucedió esta derrota dia de San Benito, á 21 de Marzo, como apunta el sumario de Galiudez, y mas largamente el Cura de los Palacios, que cuenta mas por menor este hecho, y discrepa algo en el número de los muertos y prisioneros, que hace subir hasta mil y quinientos. *Bernald, capítulo 60.*

peraron los peones que traian, é amonestáronles que ficiesen lo que buenos christianos é homes esforzados deben facer; é que esperaban en la misericordia de Dios, y en la Virgen gloriosa su madre, que les daría victoria de aquella gente infiel. Algunos veyendo que los moros eran en número mucho mayor que los christianos, fueron turbados, é decian que con mayor deliberacion debian salir al campo, é con mas gente debieran seguir los enemigos, é ponerse en aquel lugar do estaban; é quisieran facer por su voluntad lo que la vergüenza les impidia. El Conde cuando vido los ánimos de aquellos dubdosos é algo enflaquecidos, esforzábalos diciendo que la vida en poco tiempo se pasaba, é con pequeña dolencia se atajaba, é que la debian aventurar por haber fama loable si venciesen, é gloria si allí muriesen; é que en tal lugar estaban puestos, donde toda esperanza de la vida estaba puesta en el esfuerzo, é no en la fuida. Y esforzando toda su gente con semejantes razones, fueron contra los moros.

Los moros venian en tres batallas: en la una venia el Rey de Granada, en la otra venia el Alguacil mayor, y en la otra venia por capitán el Alatar de Loxa. El Rey de Granada y estos capitanes moros quando vieron que el Conde de Cabra y el Alcayde de los Donceles con sus gentes venian contra ellos en batalla, juntaron las tres batallas que traian en una. E los peones moros siguieron adelante su camino con la cavalgada que llevaban; é los moros con gran alarido é muy gran denuedo vinieron contra el Conde é contra el Alcayde, pensando, segun su costumbre de pelear, que los christianos no pudiendo sufrir su arrebatado acometimiento, vencidos súbitamente de miedo, se pondrían en fuida. E plogo á Dios é la Virgen su madre de les dar esfuerzo para sufrir aquel riguroso acometimiento de los moros. E como los unos estaban ya cerca de los otros para se encontrar, quan grande fué el arrebatamiento que ovieron los moros para acometer, tan grande é mayor fué para volver las espaldas; é luego sin esperar los primeros encuentros, se pusieron en fuida. Y el Conde y el Alcayde de los Donceles fueron contra ellos matando é captivando fasta un lugar que se llama Xezna, que es cinco leguas de Lucena; é tomaron toda la cavalgada que los moros desampararon. La nueva deste desbarato vino á Don Alonso de Aguilar que estaba en la cibdad de Antequera, é cavalgó luego con la gente de caballo que pudo haber, é púsose en el atajo de los moros que iban fuyendo, é captivó é mató muchos dellos. En aquel lugar se fallaron muertos fasta mil moros, allende de los que murieron en otras partes; é fué preso el Rey de Granada, é murieron algunos Alcaydes é cabeceras del Reyno de Granada, en especial murió el Alatar que era Alcayde é capitán de Loxa, é fué tomado el recauje que traian, é fueron traídos presos á la villa de Lucena é Aguilar muchos dellos. E fueron tomadas nueve banderas, las quales con la cabeza de un Rey puesta en una cadena, el Rey é la Reyna dieron fa-

cultad que el Conde trajese en el escudo de sus armas, y en las orlas que estan en circuito del escudo. Cogido el despojo, é traído el Rey Moro ante el Conde de Cabra, visto como poco antes la fortuna le dió poder de rey, y el infortunio le puso tan presto en estado de subjeto, por le consolar le dixo que si como home discreto le considerase el presuroso movimiento de las cosas humanas, ni la prosperidad que poco antes tovo le debía alterar, ni la adversidad que tan presto le vino le debía entristecer. Porque así como el bien pasado no tovo firmeza, así el mal presente se puede mudar. E con estas, é con semejantes palabras consolándole, é guardándole la honra que debía como á rey, lo llevó preso á la su villa de Baena. Sabido por los moros este desbarato, é como su Rey era preso, algunos caballeros de aquel Reyno, que le obedecian por rey, se tornaron á la obediencia del Rey su padre.

CAPÍTULO XXI.

Como el Rey entró en la vega de Granada, é de la tala que fizo.

El propósito del Rey é de la Reyna era continuar la guerra que tenían comenzada contra los moros. E acordaron que este año se ficiere tala en la vega de Granada, é para la facer mandaron apercebir á todos los caballeros é gentes que moraban en aquellas partes del Andalucía, é del Reyno de Toledo, é de algunas cibdades é villas que son allende los puertos hasta Castilla la vieja; é mandaron aderezar todas las cosas necesarias á la guerra. E como el Rey vino de la cibdad de Astorga para la villa de Madrid do estaba la Reyna, luego otro dia partió para la cibdad de Córdoba. La Reyna ansimesmo partió de Madrid, é fué para la cibdad de Sancto Domingo de la Calzada, é fué con ella el Cardenal de España, é algunos otros Doctores del su Consejo, para entender en las cosas tocantes á la gobernacion del Condado de Vizcaya, é de la provincia de Guipúzcoa, é de todas aquellas partes de Castilla la vieja, é de otras cosas tocantes al casamiento que era movido del Príncipe Don Juan su fijo con la Reyna de Navarra, que segun habemos dicho, subcedió en aquel Reyno por la muerte del Rey Febus su hermano. E como el Rey llegó á Córdoba, no se detovo en aquella cibdad, porque el tiempo de facer la tala se pasaba. E luego partió para la villa de Almodovar, é fueron con él el Duque de Nájera, y el Duque de Alburquerque, y el Maestre de Santiago, y el Marqués de Villena, y el Marqués de Cádiz, y el Conde de Cabra, é Don Pedro Puertocarrero, Conde de Medellín, é Don Garci Lopez de Padilla, Maestre de Calatrava, y el Conde de Monte-Rey, é Don Gutierre de Sotomayor, Conde de Belalcázar, é Don Pedro de Acuña, Conde de Buendía é Adelantado de Cazorla, é Don Iñigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, é Don Juan de Guzman, fijo del Duque de Medinasidonia, é Don Enrique Enriquez, Mayordomo mayor del Rey, é Luis Fernandez Puertocarrero, Señor de Palma, é Ro-

drigo de Ulloa, su Contador mayor, é Don Fernando de Velasco, capitán de la gente del Duque del Infantadgo, y el Alcayde de los Donceles, é Don Francisco de Estúñiga, fijo del Duque de Plasencia. Vinieron ansimesmo á servir al Rey é á la Reyna una gente que se llamaba los Suizos, naturales del Reyno de Suecia (1), que es en la alta Alemaña. Estos son homes belicosos, é pelean á pié, é tienen propósito de no volver las espaldas á los enemigos; é por esta causa las armas defensivas ponen en la delantera, é no en otra parte del cuerpo, é con esto son mas ligeros en las batallas. Son gentes que andan á ganar sueldo por las tierras, é ayudan en las guerras que entienden que son mas justas. Son devotos é buenos christianos; tomar cosa por fuerza reputanlo á gran pecado.

Como todas las gentes que el Rey mandó llamar fueron juntas, partió de la villa de Almodovar, é poniendo sus reales llegó fasta un lugar que dicen el Carrizal; é allí esperó el artillería que iba en su hueste, ansimesmo todo el recuaje de los mantenimientos é otras cosas. E mandó facer alarde de la gente que llevaba, é falló que estaban juntos en aquel real fasta diez mil homes de caballo á la gineta é á la guisa, é veinte mil homes á pié, é otros treinta mil peones diputados solamente para talar. E allende desto iban en aquella hueste otra gran copia de gentes que tenían cargo de ir con las bestias que llevaban los mantenimientos para bastecer la hueste. Otrosí los que llevaban los bastimentos é cosas necesarias para proveimiento de la cibdad de Alhama. En esta hueste iban con los bastimentos é artillería fasta ochenta mil bestias de recuaje. E mandó el Rey ordenar las batallas de la gente de armas é de pié en esta manera. Al Maestre de Santiago, é al Marqués de Cádiz, é á Don Alonso de Aguilar, é á Luis Fernandez Puertocarrero, Señor de Palma, mandó llevar el avanguardia con las gentes de sus casas. A Don Garci Lopez de Padilla, Maestre de Calatrava, é al Conde de Monte-Rey mandó ir en otra escuadra. A Don Francisco de Estúñiga con la gente del Duque de Plasencia su padre, é del Maestre de Alcántara su hermano mandó ir en otra escuadra. Al Conde de Belalcázar, é á Don Fadrique, fijo del Duque de Alba, mandó que fuesen en otra escuadra. Al Duque de Nájera con la gente de su casa é con la gente de las cibdades de Jaen é Úbeda é Baeza mandó ir en otra escuadra. Al Duque de Alburquerque, é á Don Juan de Guzman, fijo del Duque de Medinasidonia, mandó ir en otra escuadra. En la batalla real donde iba su persona, iban mil caballeros, los quinientos homes de armas á la guisa con caballos encubiertos, é otros quinientos á la gineta; estos eran todos criados suyos é de la Reyna, que andaban continos en su guarda. E mandó á Don Diego Lopez Pacheco, Marqués de Villena, que fuese por capitán de aquella batalla, en la qual iba por Alférez de su estandarte real Don Alonso de Silva que lo servia por

Don Juan de Silva, Conde de Cifuentes, su hermano, que estaba preso en Granada. En la escuadra de la rezaga mandó ir al Conde de Buendía, é á Don Juan de Sotomayor, Señor de Alconchel, é á Don Fernando de Velasco, capitán de la gente del Duque del Infantadgo, é á la gente del Duque de Medinaceli, é á Martin Alonso, Señor de Montemayor. Los peones mandó repartir en escuadras, cada una con su capitán en los lugares convinientes. E con el artillería é fardage iban otras gentes á caballo é á pié de las cibdades de Sevilla é de Córdoba é de Écija é de toda el Andalucía con sus capitanes. Ordenadas las batallas en esta manera que habemos dicho, el Rey fué fasta un lugar que se llamaba la Cabeza de los Ginetes. E otro dia entró mas adentro en tierra de moros, é mandó asentar su real junto con Illora, que es villa muy fuerte de moros; de la qual salieron algunos moros á escaramuzar con la gente de caballo que iba en la delantera, é con los peones que iban con ellos. Los quales pelearon é retraxeron á los moros, y entraron juntamente peleando con ellos por el arrabal. Los moros visto que el arrabal era tomado, retraxéronse á la villa. E como los christianos se apoderaron del arrabal, el Rey mandó quemar algunas parvas de panes, que los moros tenían puestas bien cerca del muro de la villa, recelando la tala que el Rey entraba á facer en aquella tierra. E los moros por defender los panes del fuego, é los christianos por los quemar, pelearon los unos contra los otros, é fué entre ellos bien ferida aquella escaramuza. En la qual los christianos recibian daño de los tiros de piedras é saetas é espingardas, que los moros tiraban desde el muro, por defender los panes. El Rey visto el daño que recibian los suyos, fizolos retraer de la pelea; é mandó á los artilleros que tirasen con los ribadoquines al muro, é á los otros lugares do estaban los moros defendiendo, é de aquellos recibian los moros tanto daño, que desampararon los lugares donde defendian las parvas, é los christianos ovieron lugar de ponerles fuego, aunque estaban bien juntos con el muro de la villa. Mandó ansimesmo el Rey quemar todo aquel arrabal, é quedó la villa destruida por la gran tala que en todo aquel término se fizo. Ansimesmo mandó al Conde de Cabra, é á Don Alonso de Aguilar, que fuesen á una villa que se llama Monte Frio á la talar con dos mil homes á caballo, é diez mil peones taladores. Estos caballeros cumpliendo lo que el Rey les mandó, fueron luego, é pusieron toda la gente de armas á la puerta de la villa, por resistir á los moros si saliesen á defender la tala; entretanto que los peones taladores talaron todas las huertas é panes, é otras cosas que en el término de aquella villa fallaron en circuito de una legua.

CAPÍTULO XXII.

De como se tomó la villa de Tajara.

Fecha la tala de aquellas villas, el Rey vino con toda su hueste á otra villa que se llamaba Tajara, é puestas sus batallas en orden venian por el camino

(1) Así dice el original que nos sirve de texto.

los peones á pié que eran señalados para talar, é derribando molinos, é quemando huertas, é talando árboles por todos los campos. E allende de lo que los peones taladores facian, la multitud de la hueste no dexaba cosa inhiesta dos leguas en derredor de la tierra que pasaban. E como el Rey llegó á aquella villa de Tajara, porque estaba en tal comarca, que los que guardaban á Alhama, recibian della gran daño, é los moros de Loxa gran ayuda, mandóla combatir. E luego los ferreros é carpinteros que traía en su hueste, de la madera de los árboles que talaron, hicieron bancos pinjados, é mantas, é otras cosas necesarias para el combate. E como quier que los moros que estaban dentro eran homes cursados en la guerra, é aventuraban la vida por defender la entrada á los christianos; al fin no pudiendo sufrir los combates que les fueron dados, desampararon la villa, é los que pudieron se retraxeron á la fortaleza, é los christianos la pusieron á sacomano. Entrada la villa, los votos de algunos caballeros é capitanes eran que la fortaleza no se combatiere, porque decian que el muro era muy fuerte, é no había lombardas gruesas con que se pudiese derribar. El voto de otros era que debia el Rey mandar llegar los bancos pinjados, é tentar con los picos el muro, por ver si se podría cavar por baxo, para se poner en cuentos. El Rey visto el parecer de los unos é de los otros, mandó que se combatiere la fortaleza, conociendo que se habian recogido en ella tantos moros é moras de los viejos é criaturas, que no podian tener mantenimientos para se sostener, é que la turbacion que tenian en ver tomada la villa, les quitaria las fuerzas para defender la fortaleza. E mandó al Maestro de Santiago, é al Marqués de Cáliz, é á Don Alonso de Aguilar, que toviessen cargo de combatir la una parte del castillo, é al Duque de Nájera, é á Luis Fernandez Puertocarrero, mandó combatir por otra parte. E á Don Fernando de Velasco, capitán de la gente del Duque del Infantadgo, mandó combatir una de las torres que estaban á la puerta de la fortaleza. E á Garci Fernandez Manrique mandó que con la gente de Córdoba combatiere otro pedazo del lienzo de la cerca. Repartidos estos combates, aquellos caballeros é capitanes, cada uno por su parte comenzó el combate. E los moros se pusieron en defensa é tiraban piedras, é tiros de pólvora, é saetas desde los muros é torres, é facian gran daño en los christianos. Aquel combate duró dende la mañana fasta hora de vísperas; en el qual fueron muertos é feridos algunos hijos-dalgo, especialmente fué ferido Don Enrique Enriquez, Mayordomo mayor del Rey, de una espingarda en el pié. Los moros visto que los christianos habian llegado al muro, echaban de arriba manojos de lino é de cáñamo, bañados en azeyte é pez ardiendo; con los quales quemaron algunos bancos pinjados, é mantas. Los christianos que estaban debaxo, desampararon los bancos, que no los pudieron sostener por el fuego que los moros de arriba habian lanzado. E por esta causa aquel dia no se pudo tomar el cas-

tilló. Otro dia el Rey mandó tornar al combate, é tan grande fué la priesa que los christianos dieron, que los moros no pudiendo defender el muro por la multitud de las espingardas é saetas é otros tiros de pólvora que les tiraban, demandaron seguridad á los que combatian. E habido el seguro, embiaron un alfaquí al Rey, á le ofrescer el castillo, si le ploguiese dar seguridad de la vida, é libertad de las personas é bienes á los que en él estaban. El Rey como quier que les dió seguridad de las vidas, pero no les quiso otorgar libertad de las personas, ni de los bienes, é mandó continuar el combate. Algunos de los moros veyendo que no se podian defender, acordaron de se dar á prision; otros decian que debian morir en la defensa del castillo. E porque esta division que tenian les enflaquecia mas las fuerzas, los christianos ovieron lugar de entrar por fuerza el castillo, é pusieron encima del muro la seña real, é prendieron todos los moros é moras, é fueron robados gran cantidad de bienes, é bastimentos, é armas, é caballos que en él estaban. E de los caballos é otras cosas de precio que allí se tomaron, el Rey fizo merced á algunos caballeros y escuderos que con mayor esfuerzo se ovieron en los combates. E mandó poner fuego á la villa, é derribar los muros de la fortaleza para escusar el daño que de los que allí moraban se seguía á la tierra de los christianos. Talada é derribada la villa de Tajara, el Rey acordó de ir con toda su hueste á bastecer la cibdad de Alhama. E continuando aquel camino, la hueste recibió tan gran fatiga por mengua de agua, que perecieron algunas bestias. Y el Rey fué constreñido de abreviar las jornadas fasta que llegó á la cibdad (1), donde la gente ovo refrigerio, con la abundancia de las aguas que fallaron; é luego la fizo bastecer con treinta mil bestias cargadas de provisiones. Y entregó la tenencia della á Don Inigo Lopez de Mendoza, Conde de Tendilla, é dióle la capitania mayor de mil homes á caballo é á pié, que estoviesen con él para la guardar, é facer guerra á los moros. Bastecida la cibdad de Alhama, luego el Rey mandó mudar el real en la ribera del rio de Cacin, fasta una legua de Alhama. E otro dia fué á otro lugar, que se llama Malaha; é mandólo quemar, é fueron derribadas é quemadas fasta trecientas torres, é cortijos, é alcañas que estaban en aquel camino, y en dos leguas de su circuito. Otro dia mandó asentar su real en un lugar que se llama Alhendin, que es una legua de Granada, junto con la sierra Nevada, donde hay una legua de olivares, é huertas, é panes, é viñas. E mandó poner guardas por todas partes en los lugares convinientes, entre tanto que los que talaban derribaban todos los árboles, é destruian los panes é otras cosas que fallaron. Los moros veyendo la destruicion que se facia en su tierra, cometieron á escaramuzar con los que tenian el avanguardia, é trabajaban por defender á los christianos la entrada en aquel lugar.

(1) Fué esta tala y la toma de Tajara por San Juan de Junio de este año. *Bernald.*, cap. 63.

CAPÍTULO XXIII.

De las cosas que pasaron en Córdoba con el Rey moro que estaba preso.

Estando el Rey en la cibdad de Córdoba, vinieron á él mensageros de la madre de Muley Bahadeli, Rey de Granada, que estaba preso en poder del Conde de Cabra, é de parte de otros caballeros é cabeceras del Reyno de Granada, que estaban á su obediencia, á le suplicar que le ploguiese ponerle en su libertad, é reducirlo á su Reyno; porque de lo tener preso, no recibia servicio, é si lo soltase, ofrecieronle que seria su vasallo, é le daría cierta suma de oro cada año de los que le diese treguas, é cierto número de christianos, quales el Rey escogiese de los que estaban captivos en tierra de moros. El Rey oida aquella suplicacion, embió mandar al Conde de Cabra que traxese al Rey de Granada é gelo entregase. El Conde obedesciendo el mandamiento del Rey, partió luego de la su villa de Baena, é vino para la cibdad de Córdoba, é traxo al Rey de Granada preso, y entrególo al Rey. El Rey recibió al Conde, é fizole grande honor, é no quiso ver al Rey Moro fasta que acordase si lo debia soltar. E mandó á un caballero de su casa que se llamaba Martin de Alarcon que tenia la fortaleza de Porcuna, que toviere cargo de la guardar; y embiole decir con aquel caballero, que se esforzase, é oviese aquel placer que pone á los presos la esperanza de la libertad. El Rey Moro oida la consolacion que el Rey le embió, respondió: «Decid al Rey de Castilla mi señor que yo no puedo ser triste estando en poder de tan altos é poderosos Reyes como son el Rey é la Reyna su muger, especialmente seyendo tan humanos, é teniendo tanta parte de la gracia que Dios da á los reyes que bien ama.» Otrosí le decid que dias ha que pensaba ponerme debaxo de su poderio para recibir de sus manos el Reyno de Granada, segun que lo recibió el Rey mi abuelo del Rey Don Juan su suegro, padre de la Reyna. E que el trabajo mayor que tengo en esta prision es haber fecho por fuerza lo que pensaba facer de grado. E porque era necesario al Rey venir á la cibdad de Victoria do estababa la Reyna, é ansimesmo ir al Reyno de Aragon para proveer en la justicia, y en otras cosas que en aquellas provincias ocurrian; acordó poner fronteros en los lugares do era necesario, para que la tierra estoviese guardada, é se ficiere guerra á los moros. Ansimesmo quiso entender en las cosas que por parte del Rey moro le eran ofrescidas para las dexar asentadas. E mandó á los que procuraban su deliberacion, que las declarasen en su Consejo. Los quales en presencia del Rey, estando en su Consejo el Maestro de Santiago, é Don Garci Lopez de Padilla, Maestro de Calatrava, y el Duque de Alburquerque, y el Duque de Nájera, y el Conde de Cabra, y el Marqués de Cáliz, y el Marqués de Villena, y el Conde de Belalcazar, y el Conde de Coruña, é Don Alonso, Señor de la casa de Aguilar, é Rodrigo de Ulloa, su

Los christianos que estaban á caballo, fueron contra aquellos moros, é retraxéronlos de tal manera, que los peones ovieron lugar de entrar en aquel lugar de Alhendin, é pusieronle fuego, é quemaron todas las parvas que estaban en las heras cerca de la cibdad de Granada. Otro dia el Rey fué con todas sus batallas ordenadas fasta bien cerca de la cibdad de Granada, donde estuvo todo el dia, entretanto que los taladores andaban talando por todas partes. E como quiera que los moros salieron á escaramuzar algunas veces entre los olivares; pero no pudiendo resistir la tala que veian facer de sus frutos, acordaron de enturbiar el agua que iba por las acequias, de donde los christianos se proveian; de manera que la hueste no se podía aprovechar della. E por esta causa el Rey mandó mudar su real de aquel lugar é ponerlo cerca de una villa que se llama Huécar, porque la hueste no recibiese daño por mengua de agua. E mandó á los taladores, que talasen la vega de Granada por todas partes, é por la ribera de Guadaxenil; en la qual tala el Rey durara mas tiempo, é pusiera sitio sobre alguna villa, salvo porque fallescian los mantenimientos que eran necesarios para proveimiento de la hueste. Fecha esta tala en la manera que dicho habemos, el Rey vino á Córdoba; é como llegó á la cibdad, mandó pagar sueldo á la gente de armas, é los jornales á los taladores, é á todas las otras gentes que fueron con él, é mandólos despedir.

Esta entrada é de la tala que el Rey fizo en el Reyno de Granada, los moros quedaron destruidos, é su tierra tan oprimida, que ovieron acuerdo de enviar sus embaxadores al Rey á le suplicar que les diese treguas por algun tiempo; é como ofrecieronle gran cantidad de oro cada año de los que le ploguiese otorgarlas. El Rey oida la embaxada del Rey de Granada, embiólo á comunicar con la Reyna, que estaba en la cibdad de Victoria; la qual embió á decir que su parecer, si á él ploguiese, seria que aquella tregua no se otorgase á los moros, si no entregasen ciertas villas é fortalezas del Reyno de Granada por seguridad de lo que habian de dar en parias; porque ya otras veces les habian seydo otorgadas, é las habian rompido quando no tenian tal premia que gelas ficiere guardar. E porque los moros no las quisieron entregar, é otrosí porque el Rey é la Reyna tenian concebido en su ánimo de guerrear todo aquel Reyno de Granada, no les fueron dadas las treguas que demandaron. Y embiaron á mandar que se pusiesen grandes guardas en los puertos, para que ninguna persona pudiese meter mantenimientos, ni paño, ni otras cosas de las que solian llevar al Rey de Granada. E como quiera que muchos caballeros é otros de los que estaban captivos se rescataban por alguna cantidad de azeyte é ganados é paños é otras algunas provisiones; pero la Reyna no daba lugar, que grande ni pequeña cantidad de proveimientos se llevase á los moros por rescate de ningun christiano. E deliberaba de facerles ayuda de dineros en gran cantidad para se rescatar, antes que dar licencia para que oviesen los moros provision alguna.